

BREVE HISTORIA DE
CARLOMAGNO
Y EL SACRO IMPERIO ROMANO GERMÁNICO

Juan Carlos Rivera Quintana



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de Carlomagno
Autor: Juan Carlos Rivera Quintana

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubiertas: Florencia Gutman

Maquetación: Ana Laura Oliveira

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9763-549-3

Fecha de edición: Enero 2009

Printed in Spain

Imprime: Estugraf S.L.

Depósito legal:

Índice

INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO 1: LOS FRANCOS. EUROPA ANTES DE CARLOMAGNO	19
CAPÍTULO 2: DINASTÍA Y PRIMEROS AÑOS DE UN LÍDER	63
CAPÍTULO 3: BAUTISMOS Y GUERRAS, ESPADA Y CRUZ	101
CAPÍTULO 4: ¿UNA ADMINISTRACIÓN MEMORABLE?	157

CAPÍTULO 5:	
¿EL RENACIMIENTO CAROLINGIO?	217
CAPÍTULO 6: CARLOMAGNO Y LOS	
FRANCOS EN LA LITERATURA	273
BIBLIOGRAFÍA	307

3

Bautismos y guerras; espada y cruz

*Cada letra que perfilas con tu mano equivale a una
lanzada con que traspasas al demonio.*
Anónimo en el muro de una abadía.

En su Epístola VII, Carlomagno plantea la lógica de lo que sería su apotegma religioso, una especie de testamento de fe:

Lo nuestro es: según el auxilio de la divina piedad, defender por fuerza con las armas y en todas partes la Santa Iglesia de Cristo de los ataques de los paganos y la devastación de los infieles, y fortificarla dentro con el conocimiento de la fe católica. Lo vuestro es, santísimo padre: elevados los brazos a Dios como Moisés, ayudar a nuestro ejército, hasta que gracias a vuestra intersección el pueblo cristiano alcance la victoria sobre los enemigos del santo nombre de Dios, y el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en todo el mundo.

Corría el año 772 y nuestro monarca Carlomagno ya conocía que la mayor amenaza para el reinado de San Pedro y la Ciudad de Roma era el vecino rey lombardo, Desiderio (Didier), su antiguo suegro, quien nunca perdonaría el insulto y la deshonra inflingidas cuando tuvo de regreso a su hija “la Deseada” en su corte, en Pavía, y la declaración de persona “non grata” a sus nietos y a su otra hija Gesberga, la viuda de su hermano Carlomán.

A partir de ese momento, los dominios de la Santa Sede serían los primeros en sentir la cólera lombarda pues el Papa, en un inicio, se había opuesto a la unión matrimonial entre el rey franco, Carlomagno y la princesa lombarda, “la Deseada”. Y Desiderio tenía muy buena memoria; entre sus características personales estaba, además, el resentimiento.

El monarca lombardo había intimado al sumo pontífice Adriano I para que coronara y reconociera como reyes francos a los hijos de Carlomán, Pipino y Siagrio, pretensión a la que se negó a acceder el prelado, y todo ello colmó la paciencia del soberano. Por ello, los territorios eclesiales fueron invadidos y el Papa se vio obligado a pedirle auxilio a Carlomagno para sacarse de encima a las huestes de Lombardía.

El rey franco Carlomagno, en sus inicios, intentó mediar y evitar la guerra. De ahí que advirtiera por dos veces a Desiderio que devolviera las

ciudades y las villas de que se había apoderado, pero ante la negativa de este a evacuarlas, organizó una fuerte expedición junto a su tío el duque Einhard, con la que cruzó los Alpes, desde Ginebra, por el Montcenis y por el San Bernardo (773).

Desiderio, que sabía de la superioridad bélica de Carlomagno se encerró en la amurallada capital de Pavía, mientras su primogénito Adalgiso se atrincheró en Verona, junto con su hermana Gesberga e hijos.

Durante casi un año estuvieron disputando los territorios y se mantuvo el sitio a las ciudades de Lombardía, hasta que en junio de 774 ya no había nada que hacer y los francos terminaron por expulsar a los lombardos. Desiderio fue conminado a rendirse sin condiciones. Apunta en uno de sus artículos el cronista español Rafael Conde Delgado de Molina:

Carlomagno no se reduce, como había hecho su padre, a pedir seguridades y firmar pactos: desmonta la monarquía lombarda y a partir del 5 de junio del 774 ordena encabezar las actas oficiales con un doble título: *rex Francorum et Longobardorum*. Desde este momento, Carlos es dueño de Italia.

Cuentan los historiadores que Adalgiso se vio compelido a escapar disfrazado a Constantinopla (la corte bizantina) para evitar su muerte, y que el rey lombardo Desiderio fue forzado a abrir las



Adriano I. Debió recurrir al apoyo de Carlomagno para enfrentar a Desiderio.

puertas de su fortificada ciudad, y fue enviado junto al resto de su familia a la abadía de Corbie hasta su fallecimiento.

Carlomagno asume entonces el título de Rey de los Lombardos y es honrado con la pesada corona de hierro de los vencidos, que se decía había sido construido con un clavo de la cruz de Jesucristo. Fue la primera vez que un rey germánico adoptaba el título de un dominio que él había conquistado.

Nuestro héroe convierte a la Italia Franca en una especie de virreinato, un territorio anexado, y se lo entrega en derecho, a su primogénito Pipino el Jorobado, que tenía a la sazón cuatro años.

Se ratifica además la autoridad del Papa Adriano I en el centro de Italia y son ligados los destinos del ducado de Benevento al Estado Carolingio. El Papa conseguía recuperar las tierras que luego formarán los Estados Pontificios, pero los peligros proseguían en el sur de la península Itálica, en poder bizantino.

Hay que considerar que pese a todos los compromisos y los pactos realizados con el soberano pontífice, Carlomagno se siente ya heredero de las pretensiones lombardas y ambiciona tener en sus manos la unificación de toda Italia. Al Papa no le queda otro camino que someterse. Como han expresado muchos especialistas como el historiador francés, Louis Halphen (1880-1950), profesor de la Universidad de París y autor de los textos *El esplendor de Europa* (1932) y *Carlomagno y el Imperio Carolingio* (1947), donde dice:

Roma y todo el estado pontificio no son ya más, en algunos aspectos, que una prolongación de aquella Italia que el nuevo rey de Pavía se esforzaba en rehacer. Sus intervenciones se hacen allí cada vez más numerosas y más indiscretas: no solo circulaban sin cesar por los territorios pontificios sus agentes, no solo los súbditos del Papa pueden ser convocados ante él o sus representantes, sino que interviene en muchos otros asuntos que, en principio, escapaban a su competencia.

Es preciso hacer notar que durante su largo reinado, Carlomagno no depuso casi nunca las armas. En esa etapa se suman no menos de cuarenta y tres expediciones militares, conducidas por él en persona o por sus lugartenientes, una vez que Carlos decidiera dejar los campos de batalla por el cansancio de la edad. De todas las guerras, la primera que hizo fue la de Aquitania, contienda que dejó inconclusa su padre al morir. Aunque no recibió el auxilio de su hermano Carlomán, nuestro héroe terminó expulsando (en 769) a Hunoldo, quien se vio obligado a dirigirse a territorio vascón y luego fue entregado por el duque de ese dominio, que terminó por someter su reino a la autoridad del monarca franco, una vez bautizado con los santos sacramentos.

CON ROMA Y CONTRA LOS SAJONES

Durante aquella primavera del año 774, Carlos dejó su ejército en el sitio de Pavía, después de la derrota lombarda, y marchó a Roma para celebrar la fiesta de Pascua. Allí fue recibido como un salvador, pues nuestro emperador franco reafirmaba las promesas de su desaparecido padre, Pipino el Breve, de proteger las tierras papales.

La historia relata que esa primera visita de Carlos a la “Ciudad Eterna” fue preparada con

mucho rigor para darle todos los honores posibles, a semejanza de los triunfos que se celebraban en la Roma de los césares. Las crónicas narran que a casi cincuenta kilómetros del perímetro de la urbe fue recibido por los jueces; la milicia puso a sus pies el estandarte de Roma y fue aclamado con vítores de emperador. Carlomagno se inclinó y besó el umbral de los Apóstoles. Luego estuvo durante casi siete días dialogando con el sucesor de Pedro y prometió la gloria de Dios y la exaltación de la Santa Iglesia Cristiana, tarea que desempeñaría durante toda su existencia, que a partir de este instante se convertiría en una larga guerra.

En esa ceremonia, su hijo Carlomán, que contaba a la sazón con tres años, fue bautizado por el Papa, con el nombre de Pipino, y tanto él como su hermano Luis fueron consagrados como reyes; el primero de Italia y el segundo de Aquitania.

Desde entonces, la vida de Carlomagno estaría llena de una serie de extraordinarias acometidas, a ritmo de marcha rápida, de extremo a extremo, en un continente surcado por montañas, bosques, pantanos y caminos intrincados. Se llegó a decir que nuestro guerrero dormitaba más a lomo de caballo que bajo una manta que le cubriera el frío, o sobre un tibio cobertor en sus aposentos, en el regazo de su esposa.

Después de finalizada esta contienda se reemprendió la de los sajones, que había quedado inte-

rrumpida y sumó dieciocho campañas. Ninguna otra fue más larga, atroz y costosa para el pueblo franco, puesto que estas tribus, como casi todas las que estaban asentadas en Germania, eran feroces por temperamento. Dicha guerra tuvo una duración de casi treinta y tres años; los sajones eran un pueblo germánico hostil al cristianismo, que ocupaban el territorio situado entre el Elba y el mar del Norte, y protagonizaban múltiples enfrentamientos en los límites fronterizos. Ellos consideraban a la Iglesia y a su doctrina como un elemento de penetración franca, al que se oponían, lo que provocaba encarnizados combates.

Estas contiendas con espadas, dagas y lanzas también revelaban que los sajones eran remisos a cumplir sus tratados y las rendiciones que firmaban, pues no eran muy dados a honrar con su palabra. Su accionar de saqueo y arrase de las tierras tenía como escenario Turingia, Hesse y las provincias renanas.

Las campañas del rey franco para acabar con el pillaje de los sajones y obligarlos a comulgar con la fe cristiana se prolongaron desde el año 772 hasta el 804. En el 786, Carlos domina ya casi toda la Sajonia, y entre el 798 y el año 804 logra someter a los lugareños de Norbalbingia y Wihmode.

Los sajones eran un pueblo germánico que incluía las tribus westfalianas, ubicadas al Oeste; ostfalianas, al Este; angrianas, en el Centro, y nordalbingianas y wihmodianos, situadas a orillas del río



Una representación imaginaria de Carlomagno en el campo de batalla. (Pintura conservada en la Biblioteca Nacional de París).

Elba inferior, la guerra contra ellos daba la alternativa del bautismo o la muerte, y concluyó en el año 804. En su transcurso, diez mil sajones fueron deportados por considerar que practicaban cultos maléficos y se oponían a la religión católica, mientras que los restantes serían acogidos a la fe cristiana y forzados a guardar fidelidad al rey franco bajo juramento, con el fin de formar un solo pueblo. A partir de allí, puede considerarse resuelto el problema sajón para el Imperio Franco. Entonces las fronteras orientales del reino llegaban hasta la desembocadura del Río Elba.

Como registran algunos historiadores, hay que tener en cuenta que en ese período, exaltar y defender la Iglesia no comprometía solamente glorificarla y protegerla contra los que detentaban doctrinas consideradas impías con medidas legislativas o administrativas. Era más bien defenderla con las armas de las incursiones de los paganos y la devastación de los que le eran desleales. Como le confesaba en una de sus tantas misivas Carlomagno a su amigo y protegido, Alcuino de York, al hablarle de su rol histórico:

...espero, con la ayuda de Dios, que el pueblo cristiano lleve a todas partes la victoria sobre los enemigos de su santo nombre, y el nombre de Nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en el mundo entero.

Era, sin lugar a dudas, extender la guerra para salvaguardar la cristiandad y ensanchar los dominios

de la Iglesia más allá de sus fronteras territoriales, lo que en el fondo tenía un cierto sabor a intemperancia, conquista y usurpación por la fuerza de los más poderosos contra los más débiles y atrasados culturalmente.

Las posteriores empresas bélicas, dirigidas contra sajones y avaros, fueron impulsadas para garantizar la seguridad de los dominios eclesiales “contra las naciones limítrofes establecidas en fronteras mal definidas”. Dichas contiendas siempre estuvieron avaladas por los Papas (tanto Pablo I como Esteban II), que no dudaron en augurarle a Carlomagno que...

...el ángel del poder guerrero prosternaría a todos los adversarios a sus pies y que Dios les agradecería el triunfo sobre todas las naciones.

LA VIOLENCIA NUESTRA DE CADA DÍA

Detrás de esa cartografía religiosa en expansión, de esas creencias, se parapetaría la concepción del poder de Carlomagno, una especie de legitimación ante los ojos de Dios y del pueblo cristiano. Y por ello, el rey franco puso toda su energía, fidelidad, vigor, una lógica cruel e implacable y hasta una rigidez excesiva al servicio de esta causa, que lo llevó a momentos de impiedad en los que pasó de querer defender la religión, con incursiones mili-

tares y combates encarnizados bien planificados y efectivos, a momentos en que ya nada humano importaba, donde la imposición a hierro y fuego sería el pan “suyo” de cada día.

Ello apuntan algunos historiadores que juzgan negativamente en la actualidad su postura y las tácticas utilizadas para conseguir sus propósitos, como el historiador francés Jean Bachelot, en su artículo, titulado *Carlomagno*:

Carlomagno ve en los vencidos a los hombres que regenerados con el agua del bautismo, entrarán en el seno de nuestra Madre Iglesia. Creyendo castigar, con las leyes divinas y mandatos de la fe, comete, bajo una apariencia legal y autorizada, actos de fría crueldad.

Efectivamente, así acaeció cuando el principal caudillo sajón westfalia Witikind (llamado en algunos textos como Widuking), que había escapado de Dinamarca para no ser bautizado y tener que jurar fidelidad al emperador, al saber que Carlomagno estaba en España, en el año 777, aprovechó la ocasión para sublevarse una vez más, devastando el país y quemando las Iglesias. Fue entonces obligado por el monarca franco a replegarse más allá del Elba. Los rebeldes sajones se vuelven a levantar y toman las alturas de Süntel aniquilando, en el año 782, a un fuerte ejército franco, lo que desata la furia del emperador.

Carlomagno en persona e inmediatamente, al frente de nuevas tropas francas decide vengar el desastre militar mandando degollar en un solo día a 4.500 sajones en Verden, población enclavada a orillas del río Aller.

Este trágico incidente pasó a la historia como la “Matanza de Verden” (783), pero es preciso clarificar que quienes fueron pasados por las armas no eran prisioneros de guerra, como consta en muchos libros históricos, sino que eran los cabecillas e integrantes de varios grupos sajones en rebelión, lo que no le quita al hecho connotaciones brutales.

Dicho de manera tan descriptiva, esta anécdota parecería la obra de un demente, de un sacrílego demonio, pero sin el ánimo de excusar tamaña crueldad, hay que valorar al hombre en tiempo y espacio, y la violencia en el contexto de la Edad Media. Dentro de la tradición judeocristiana, esta era coyuntural, inherente a la existencia, a la ley del más fuerte, propia de la irracionalidad de personas que no estaban educadas en el derecho a la vida, que es una conquista contemporánea (aún vulnerada por los más fuertes).

Aquella gran matanza aviva una sublevación general de los sajones, quienes después de una lucha de casi tres años son reducidos y obligados a la obediencia. Entre ellos está el héroe popular Witikind, quien es obligado a bautizarse

en Attigny (con Carlos como padrino) y a declararse vasallo del emperador, lo que pone fin a los alzamientos de esas tribus.

Desde ese momento fueron continuos, casi un ritual sistemático, los bautizos entre sajones y se crean los obispados de Halberstadt, Minden, Detmold, Verden, Osnabrück, entre otros, y los monasterios de Korvei y Herford, convertidos en una especie de distritos misioneros.

El rey franco perfila un régimen de terror en las tierras conquistadas en la Sajonia y dicta una Capitular para imponer la civilización franca y la religión cristiana, que incluye la pena de muerte para el que viole las iglesias; el que no realice el ayuno y abstinencia en la Cuaresma; el que mate a un clérigo, obispo, sacerdote o diácono; el que acuda al rito de la cremación de sus muertos según el código pagano, entre otras medidas. En dicho documento, además, se consigna que...

...si en el futuro alguien perteneciente a la nación sajona queda sin el bautismo, se esconde o lo rechaza queriendo permanecer pagano, que sea castigado con la muerte [...] si alguno conspira con los paganos en contra de los cristianos y persiste en ser su enemigo, que sea castigado con la muerte [...] aquel que sea reconocido culpable de infidelidad al rey, será castigado con la misma pena.

Sin dudas, Carlomagno buscaba con estas leyes, junto con el pago del diezmo por parte de los sajones, tal como los francos lo hacían ya para apoyar a la Iglesia, una sumisión pasiva a sus dominios y poderes y hasta llegó a prohibir las reuniones y asambleas populares, con excepción de aquellas convocadas por los condes francos. De esta forma quedaba impuesto el mandato del vencedor.

Este régimen de terror se mantendrá un tiempo hasta el estallido de una gran revuelta, que vuelve a ser sofocada con la mano dura propia ya del accionar de Carlos. Pero en esta oportunidad desecha los castigos corporales y los actos encarnizados en masa, y negocia con los jefes sajones. El territorio es entregado a la administración franca y anexado a los otros del mismo reino; multas y acuerdos suplantando la amenaza constante de la pena capital.

Otro de sus métodos para lograr la sumisión sajona (sobre todo en la zona norte) incluyó, el obligar a la población rebelde a emigrar del suelo natal, y el traslado, en pequeños grupos, al interior de los territorios francos o junto a aldeas de reconocida fidelidad al rey y la cristiandad, cercanas a grupos de monjes y clérigos que asegurarían el cambio de fe, la conversión pasiva.

Todas estas normas eran fiscalizadas en persona por Carlos, muy resuelto siempre a castigar a quienes no acatasen sus órdenes; las tropas francas recorrían las regiones menos dóciles y arrastraban

consigo a sus habitantes, sobre todo a viejos, mujeres y niños, quienes viajaban como rebaños hacia tierras lejanas, previamente asignadas, o quedaban diseminados entre la población franca. La ley del “divide y vencerás” y la tenacidad del rey Carlos le rindieron sus frutos. Eginardo dirá, entonces, tibiamente *...que unidos a los francos, los sajones formaban ahora con ellos un solo pueblo.*

Este es uno de los sucesos más durables del reino de Carlomagno (hecho que todavía está en discusión si estuvo o no entre sus previsiones y propósitos): la conversión al cristianismo de la Sajonia, acontecimiento que posibilita cimentar las bases para la constitución, en el siglo X, de la nación de Germania.

LA SOCIEDAD

Los aldeanos en esa época tenían una existencia hostil; subsistían con la violencia diaria: la de las invasiones, quema de las casas y aldeas, matanzas campesinas y, violaciones. La gente no estaba ilustrada, no sabía manejarse intelectualmente; los germánicos eran pueblos atrasados, sujetos a estereotipos bárbaros. De hecho, los pobres se maravillaban cuando escuchaban hablar a los nobles, que eran como encantadores de serpientes por su manejo de un léxico amplio.